

PRÓLOGO

Esteban Laureano Maradona nació el 4 de julio de 1895. Su Santa Fe natal no sabía, por aquel entonces, que llegaba a la vida uno de los más grandes médicos humanistas de nuestro país. Y la ciudad que lo vio nacer fue quizás un presagio de su destino y de su obra: Esperanza.

Revivir esta historia es lo que logró su autor, Eduardo Claudio Apollonio. A través de esta “biografía novelada” se palpa una infancia llena de cuidados y valores, una adolescencia de libertad, rebeldía y compromiso y una adultez de absoluta entrega y amor al prójimo, al más necesitado, al olvidado.

En estas páginas se recuperan experiencias, anécdotas, recuerdos, historias y vaivenes políticos, aromas de campo y colores, dolores y la cruda realidad vivida por los pueblos aborígenes de nuestro norte argentino.

Los viajes hacia los lugares más recónditos, allí donde no había médicos ni asistencia, donde las políticas sanitarias no llegaban por desidia, don Laureano se plantaba con la férrea decisión de sumar calidad de vida, prevención, entrega.

Atendió a leprosos incurables, recorrió orfanatos, divulgó la dura realidad.

Hizo campañas, pidió ayuda, vivió en primera persona la cruda Guerra del Chaco, se exilió al Paraguay, participó en la firma del Tratado de Paz...

Escribió, se internó en el monte para asistir a los pobladores. Fue médico, cirujano, partero, maestro, periodista... Podría pensarse que este hombre vivió varias vidas en una sola de casi cien años.

También luchó contra la hechicería y la ignorancia, contra la indiferencia y los mitos; contra el mal de Chagas, la sífilis y el cólera.

Armó una nutrida biblioteca, izó una bandera argentina en una escuela improvisada en donde era su casa y también el hospital, se apasionó con la naturaleza que desbordaba a su alrededor y hasta incursionó en extensas descripciones de la flora y la fauna acompañadas de dibujos detallistas que permitieron armar ejemplares de botánica.

Dio “*conferencias, no charlas... las charlas las dan los charlatanes*”, tal como aseguraba...

Esta vida, que merece ser leída, está ahora guardada en estas páginas: sus pasiones, sus desconsuelos, su entrega incondicional y el profundo amor que despertó por las comunidades que lo vieron trabajar incansablemente.

Supo con precisión que para combatir las enfermedades de la pobreza y la indiferencia era indispensable educar, informar, prevenir. Por eso creó numerosas organizaciones para reunir a la población y brindar asistencia armando lazos de solidaridad y contención.

Multipremiado, vistió en cada homenaje el único traje que le regalara su madre el día en que se recibió de médico... Su mayor orgullo hubiera sido, seguramente, el reconocimiento que le llegará algo tardíamente pero con absoluto merecimiento, en 2001 (seis años después de su muerte): celebrar cada 4 de julio –aniversario de su natalicio– como el *Día del Médico Rural*.

Podríamos pensar que los trenes de estas vidas, la del doctor Maradona y la de Appollonio, compartieron una estación imaginaria. En ese cruce quiso el destino que se hicieran un guiño cómplice para que el autor dejase testimonio de la magnanimidad de este médico, cuya entrega para hacer frente a la desidia y al olvido fue incondicional.

Sé que en estas pocas líneas no es posible recuperar la grandeza de don Maradona tal como lo consigue la suma de las siguientes páginas. Los trenes que tomó y también los que dejó partir y cada una de las estaciones que lo llevaron hasta “El tren de la eternidad” han forjado su destino.

“Aspiro a que algún día, al escuchar ‘Maradona’, más de uno se pregunte... ¿quién, el doctor o el futbolista?”. Ojalá así sea, estimado Eduardo. Por lo pronto “Piognac”, el “Doctor Dios” como le decían sus queridos aborígenes en lengua pilagá, encontró en estas páginas su merecido reconocimiento.

¡ÉXITOS!

Prof. Dr. Alberto Cormillot